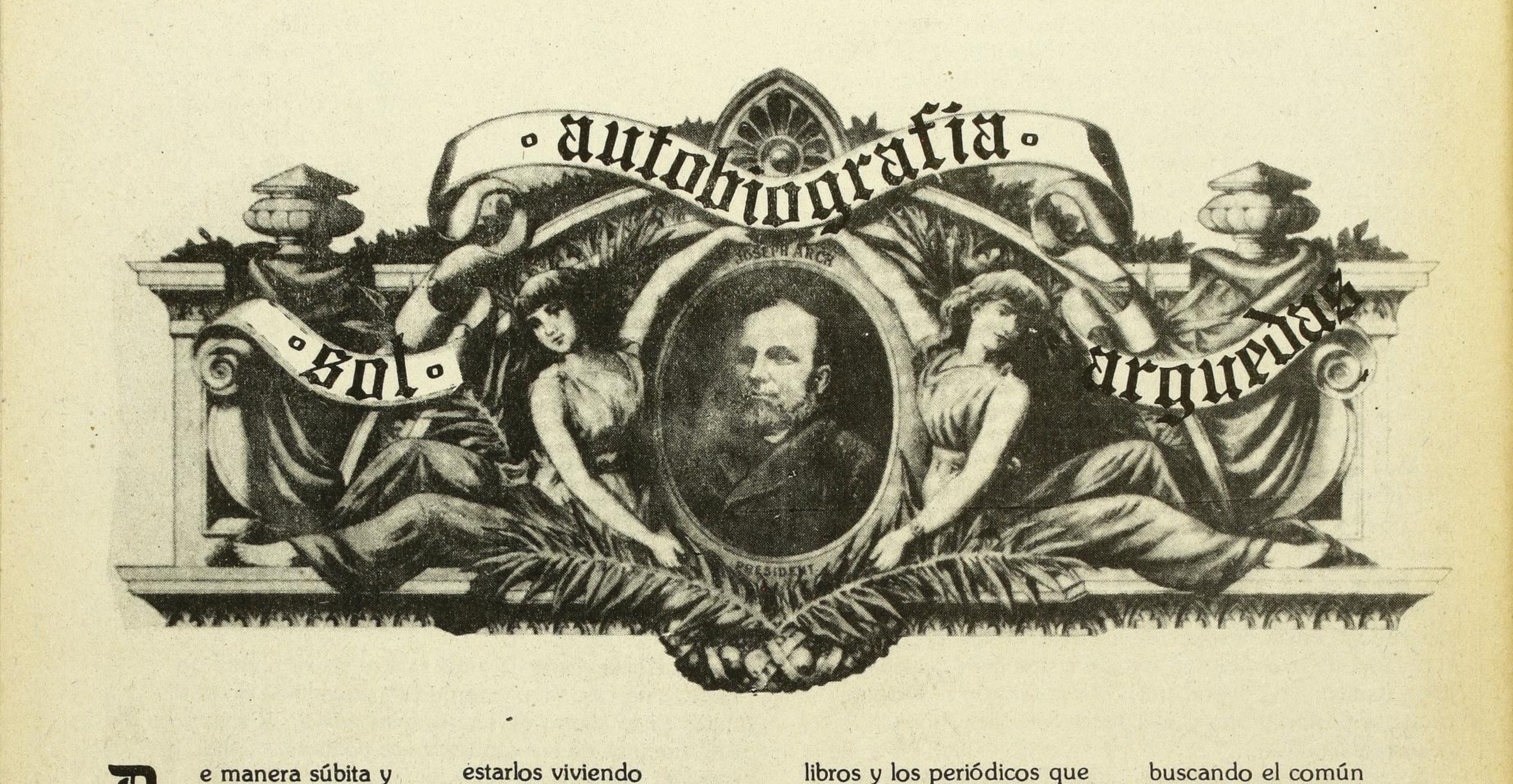

De manera súbita y arrastrando su misteriosa carga subconsciente, hoy, cuatro de agosto de mil novecientos ochenta y cinco, me prendió la idea, el impulso de escribir mi biografía. Durante horas permanecí casi inmóvil hurgando en la mente e inventando las razones por las que quiero y debo escribirla. Tan anárquicas como el método utilizado fueron las conclusiones del examen de conciencia; si algún orden muestran ahora se lo deben a las exigencias del oficio de escribir.

Primero saltó la inevitable necesidad de justificarse: el por qué y el para qué. Con la mayor honradez declaro que no creo ser ninguna persona excepcional, por lo que no es el deseo de compartir con otros dicha creencia lo que me empuja en este caso. Tengo en cambio la seguridad de haber vivido y de seguir viviendo tiempos verdaderamente excepcionales.
Y es la certeza de estarlos viviendo conscientemente lo que me hace tratar de describirlos.

Mi tía Dominga murió recluida en su casa, en su cuarto, y finalmente en su cama, después de una prolongada y progresiva manía de persecución que obscureció una inteligencia notablemente lúcida. Empezó a desconfiar en todo y de todos, encerrándose en una altiva —era demasiado bien educada para que fuese altanera— soledad. Creyó que los demás la perseguían y la acosaban por razones que ella trataba en vano de comprender. Leía muchísimo; pero no recuerdo si escribía. La verdad es que mi memoria agradecida la recuerda más frecuentemente cómo era antes de su enfermedad, de su reclusión y de su muerte.

Yo tengo ahora casi los mismos años que ella tenía cuando se empezaron a notar síntomas extraños en su comportamiento. Como a ella, cada vez me cuesta más esfuerzo salir de mi casa; dialogo mejor con los libros y los periódicos que con mis semejantes, y constantemente tengo que aferrarme a la porción de buen juicio que poseo, y a mi conciencia del peligro que corro, para dispersar los duendes masoquistas que me acechan cuando con mil pretextos alguna editorial me rechaza un manuscrito; cuando revistas y periódicos en que alguna vez colaboré me cierran por una vez sus puertas; cuando descubro con desaliento que no tengo ya nada en común con la mayor parte de mis antiguas amistades; cuando no encuentro el acceso a los puentes de comunicación con las gentes nuevas. Empiezo a sentirme perseguida, acosada. Y se alza ante mí el espectro de mi tía Dominga.

Me pongo en guardia entonces, me sacudo y salgo de viaje. Me voy lejos y por mucho tiempo. Rompo vínculos estrechos: no escribo cartas ni barajo recuerdos. Trato de sumergirme en la nueva realidad que encuentro, buscando el común denominador que une a todos lo hombres y mujeres de la tierra. Pero cuando regreso enriquecida con nuevos y más complejos enfoques producto de otros contactos humanos, distintas lecturas y diálogos diferentes, resulta que nadie que yo sepa los entiende o le interesan. Son totalmente extemporáneos en mis medios habituales. Vuelvo entonces a mi agujero a rumiar mis pensamientos y a sentirme sola. Y me acechan de nuevo los duendes.

Por lo tanto necesito un remedio definitivo que no sea el sustituto de mis periódicas huidas. Como todo el mundo medianamente informado, algo sé de los mecanismos del psicoanálisis; pero me rehuso a entregar a un sólo médico mi tesoro. En última instancia es ésta la verdadera razón que me mueve a escribir algo con pretensiones de convertirse en una biografía de mi espacio o en una geografía de mi tiempo.

No se crea por lo que he dicho que sufro mucho por mi soledad. La verdad es que ni mucho ni poco: no sufro por ella. No tengo lugar en el cuerpo para un sufrimiento de esa naturaleza. La soledad de la que hablo no es la misma de la que comúnmente se queja la gente en verso, con música, a gritos o en silencio. Mi soledad, más que individual, es genérica. Es la soledad de las mujeres que se han liberado de su ancestral servidumbre por el ejercicio de la inteligencia. Y en vez de constituir un sufrimiento, esa soledad distinta se siente como una madurada conquista, como una conquistada madurez.

En cambio lo que sí sufro es algo muy personal: es miedo. Mi abuela paterna vivió 106 años y a los 90 caminaba diariamente hasta sus oficinas en las instituciones de asistencia social que dirigía; mi abuelo materno a los 80 tenía hijos de la misma edad que sus bisnietos; mi madre tiene actualmente 85 y una lucidez que espanta; mi padre, a los 82, vuelca su agresiva vitalidad en todo aquel que se deja, tengo tíos que se acercan a los 90, y un recuerdo vago de una bisabuela muy vieja, ya ciega, a la que yo llevaba de la mano a la iglesia para que confesara sus pecados.

No es precisamente miedo a la muerte lo que siento, ni mucho menos miedo a la vida; es miedo a una alargada sobrevivencia —como la de mi tía Dominga— en la que naufragasen mis experiencias, mis intuiciones, mis conocimientos y ¿por qué no decirlo? mis talentos (todos los tenemos...). Es miedo a ser vencida por la crueldad de una sociedad que consume a sus hijos y es consumida por sus nietos; el miedo a quedarme prematuramente sin voz ni voto en mi tiempo, viviendo una muerte anticipada más terrible —por consciente— que la definitiva y rotunda muerte.

Como fácilmente puede colegirse, mi miedo, por personal, es el mismo que siente toda la gente. Toda proporción guardada, es el mismo miedo de cualquier hijo de vecino cuando se le acerca el momento de su jubilación, o cuando se les anuncia el fantasma de la menopausia a las pobres mujeres que pueblan los salones de belleza.

Mi biografía, pues, fluirá en función de este actual conflicto —puesto que lo único que realmente importa es siempre el presente: el pasado y el futuro no existen si no se recuerda el primero y no se intuye el segundo, es decir, si no se convierten en presente. Mi biografía, entonces, debería titularse: "Entre la Soledad y el Miedo"; pero ¿quién tomaría en serio un libro con semejante título? Se llamará menos pomposamente: "Autobiografía", así, a secas, aunque no sé por qué tal nombre me suena a un bien logrado epitafio. *fem.*